

FLORENCIA
CANALE
La libertina

*Madame Périchon,
una espía en el Río de la Plata*

Novela  Planeta

FLORENCIA CANALE

La libertina

MADAME PÉRICHON,
UNA ESPÍA EN EL RÍO DE LA PLATA

CAPÍTULO

I

 Al fin se casaba. Le había llegado la hora. A pesar de sus jóvenes veinticuatro años, ya había empezado a preocuparse. Étienne Armand Périchon de Vandeuil consideraba que estaba en condiciones de establecerse como un caballero de bien, con esposa y familia propia, credenciales más que suficientes para su flamante puesto en la Compañía Francesa de Indias.

Instalado hacía unos meses en Pondichéry, en la costa oriental de India, había conocido a Jeanne Madeleine Abeille, hija de un influyente miembro del Consejo de esa bella localidad colonial frente a la bahía de Bengala, y rápidamente había decidido que se convertiría en su mujer. La cortejó, midió los tiempos tratando de refrenar la impaciencia y por fin pidió su mano. El joven comerciante ya demostraba ser un rey del cálculo. Aprobado con creces por la familia de la novia, llegó el día en cuestión en que se firmó el acta en la parroquia:

Hoy, nueve de julio de mil setecientos setenta, yo el infrascripto certifico haber dado la bendición nupcial en la Iglesia Parroquial de Nuestra Señora de los Ángeles, de Pondichéry, al señor Étienne Armand Périchon de Vandeuil, Caballero, empleado de la Compañía, natural de París, parroquia de San Roque, hijo del señor Étienne Guillaume Périchon de Vandeuil, Caballero, Recaudador

La libertina

de los Dominios y Bosques de Su Majestad en la Generalidad de Moulins, y de la señora Avoye Constance Armand Montice, su madre, de edad de veinticuatro años, y a la señorita Jeanne Madeleine Abeille, hija del señor Jean Joseph Abeille, Caballero, Consejero en el Consejo Soberano de Pondichéry, de edad de dieciséis años, y después que las amonestaciones han sido publicadas en la Misa mayor de la parroquia, la primera el 1º de julio, la segunda el 5, la tercera el 8 del mismo mes y año arriba mencionados, sin que exista ningún impedimento. Fueron testigos los señores Simon Lagrenée de Mezière, Consejero en el Consejo Superior de Pondichéry y Segundo Jefe de la Plaza, natural de la Isla de Francia; Pierre Duplant de Laval, ex consejero, natural de París, Louis Pierre Tremollières, Secretario del Consejo de Pondichéry, natural de París, que han formado conmigo, así también el esposo y la esposa.

Firmado: Fray Sebastian de Nevers, capuchino, Misionero Apostólico, Cura; Jeanne Abeille Périchon de Vandeuil, Lagrenée de Mezière, Duplant de Laval y Tremollières...

Los recién casados, junto a la familia de la novia, habían recibido a los invitados en la casa de los Abeille. El Consejero de la colonia francesa en la India de Pondichéry tenía motivos para celebrar. Desposaba a su hija con un ascendente comerciante, joven que prometía, a todas luces, un futuro más que acomodado para su querida Madeleine.

La residencia lucía su mejor vajilla e hilandería, adquiridas y acumuladas gracias a los negocios con la pujante Compañía Francesa de Indias. También el vestido de la entusiasta novia había llegado de París. No habían tenido ni que tocarlo, parecía pintado sobre el cuerpo núbil de la joven Madeleine. La falda de seda celeste caía sobre una

infinidad de enaguas y armazón, y sobre la cotilla*, el peto bordado con hilo dorado y mucho encaje la había convertido en princesa por un día.

—¡Brindemos por la felicidad de *ma petite*** Madeleine y Armand! Les auguro una vida pletórica de armonía. —Jean Joseph levantó la copa y todos los presentes lo imitaron.

Las mejillas de la novia se tiñeron de rubor pero eso no impidió que sonriera de oreja a oreja. Se había convertido en *madame* Périchon de Vandeuil en pocos meses y su nuevo estatus la llenaba de alegría.

Algunos invitados veían por primera vez al flamante marido de la hija del Consejero de Pondichéry. Los más lanzados se acercaron a Armand y sin ningún reparo le preguntaron por su ascendencia. A otros no les hizo falta, su vida y obra —algo corta, por cierto— corrían como reguero de pólvora entre murmullos comedidos detrás de oportunos abanicos: la familia del joven empleado de la Compañía de Indias era de París, residían en un *petit hôtel* de la calle Saint Denis. Su tío, señor de Vandeuil, era una de las personalidades más importantes de la ciudad, además de su Primer Regidor, y su padre, un destacado recaudador de una comuna al oeste de París. Preguntaron por la madre pero ¡oh, qué tristeza!, *madame* Vandeuil ya no estaba entre nosotros, pobre Armand, qué suerte que ha encontrado a una muchacha tan buena y encantadora que sabrá cuidar de él y lo acompañará hasta que la muerte los separe, aunque roguemos que el final le llegue a él primero. Los cuchicheos amenizaban el atardecer festivo

* Pequeña pieza de ropa interior, torso sin mangas y con ballenas que iba desde el pecho hasta la cintura y potenciaba las curvas de la silueta.

** Mi pequeña en francés.

La libertina

*chez** Abeille, mientras que los flamantes esposos respondían a las diversas convocatorias, asentían a todo tipo de cuestiones y, cuando lograban algún segundo para ellos, se dedicaban una sonrisa cómplice de una punta a la otra del salón.

Una de las convidadas, *madame* de Bligny, moradora influyente de la colonia francesa, traía noticias frescas de la metrópoli. Dos meses atrás el Delfín, duque de Berry, se había casado con María Antonieta, la Archiduquesa de Austria, en los espléndidos salones del palacio de Versailles. Al oírla, Madeleine quedó prendada con la novedad de esa boda, tan cercana en el tiempo a la suya aunque con realidades tan lejanas. Se acercó a *madame* de Bligny para escuchar mejor todo lo que se cuchicheaba. Se decía que la extranjera tenía catorce años y el futuro rey dieciséis, que sí, es una deliciosa muchacha espléndidamente formada, de exquisito rostro oval, de piel entre el color del lirio y de la rosa, y qué ojos, un amigo me ha confesado que son capaces de hacer caer a un santo, tiene el cuello esbelto propio de una reina y un caminar digno de una diosa. Las objeciones no tardaron en llegar y una voz destemplada, también proveniente de París, señaló que la boca de la Archiduquesa recién llegada a la Corte francesa era bien desagradable, tan pequeña y con ese inmundo labio inferior rebosante de desdén, propio de los Habsburgo. La joven novia de Pondichéry escuchaba con atención y en silencio. Se preguntaba si ella despertaría una sarta semejante de señalamientos y críticas luego de la celebración de su boda. Apenas pestañeaba para no interrumpir.

—A ver, señoras, que yo he estado allí —interrumpió uno de los invitados. —Acompañé a la familia de los Austrias, así que puedo dejar de lado las pleitesías francesas. Solo había

* En la casa de...

ojos para María Antonieta, sentada o de pie era la imagen misma de la belleza, y bastó que se moviera para demostrar que también era la gracia en persona.

Las damas reclamaron más detalles de parte del caballero, que no se hizo rogar. Hubo descripción de los fastos, los desfiles, la fiesta monumental y las solemnidades que provocaron estupor y algarabía en la audiencia femenina. El alboroto llegó a su paroxismo cuando oyeron el chisme sobre el gesto del Delfín al salir de la alcoba, luego de la noche de bodas. Con los labios apretados y gesto despectivo, parece que había escupido un «*rien*»*, para seguir su camino hacia vaya uno a saber dónde. Madeleine bajó la mirada con recato, pero no pudo esconder una sonrisa. Esperaba que su marido no tuviera que expresar el mismo descontento. Su madre le había confiado alguna que otra cosa sobre la famosa noche de bodas y la ansiedad ya no le entraba en el cuerpo. No faltaba tanto para que la fiesta se apagara y ella y Étienne se encerraran a solas en la alcoba. Ganas y miedo, eso era lo que sentía.

* * *

Armand se instaló en Pondichéry como un colono más. Se desempeñaba a la perfección en la Compañía y ya se había convertido en padre de una prole numerosa. Año tras año, Madeleine daba a luz a un *petit* Périchon, y la familia ya había sumado cuatro vástagos: Jean Baptiste, Étienne Marie, Eugène y Louis.

Los negocios eran la principal actividad de Périchon. Se ocupaba de ellos de sol a sol y su patrimonio crecía a

* Nada en francés.

La libertina

ojos vista. Eran tiempos de abundancia de oro y plata en la ciudad costera y, gracias a su mente avispada y su sentido de la oportunidad, había encontrado en la venta de mercancías del Mogol y del Tíbet un mercado tan beneficioso como poco explotado. Tanto había crecido y en tan poco tiempo que pronto la familia se había mudado a una gran casa con atracadero propio y navíos de su propiedad.

Era el alba y el calor empezaba a apretar con ferocidad; se auguraba un mediodía bochornoso. Armand no lograba acostumbrarse a ese clima infernal. Madeleine, en cambio, adoraba la calidez. Apenas despuntó el sol y sin probar bocado, la muchacha bajó a la arena blanca de su casa, cubierta solo con la camisa de dormir. Caminó hasta el agua azul, atravesó el banco de arena y nadó un poco hasta sentir el alivio helado. Dio unas cuantas brazadas y se sumergió como un pez, para luego regresar a la superficie y dejarse flotar de cara al cielo y el sol, ese cielo luminoso, ese sol que abrasaba la piel expuesta a pesar del fresco del agua. Y de repente, allá lejos, vio a Armand que miraba hacia el mar, buscándola.

—¡Ven, Armand! ¡Ven para aquí! Verás qué placer, *chéri* —le gritó Madeleine y sacudió el brazo fuera del agua.

Armand no dudó y corrió hacia la orilla. En un periquete alcanzó a su mujer, se quitó el pantalón y quedó en camisa y calzón. Largó un grito de sobresalto cuando una ola lo empapó por completo.

—¿Has visto qué bonito se está aquí? Deberías acompañarme todas las mañanas, verás cuánto mejor empiezas el día refrescado por el agua del mar —dijo Madeleine mientras se colgaba del cuello de su marido.

—Tienes razón pero no siempre tengo tiempo. Hoy me encuentras de casualidad —respondió Armand y la tomó por

la cintura. —Deberíamos salir, la ciudad se despertará y se poblará de esclavos con sus quehaceres.

No quería que la vieran semidesnuda, solo cubierta por la camisa de lino blanca y mojada, que se adhería a sus formas. Su mujer era preciosa y prefería que no provocara a los indios.

—No exageres, querido. Traes costumbres de Europa que aún no te has quitado de encima. Las cosas son distintas por aquí, me he criado entre blancos e indios por igual y no les tengo miedo —refutó Madeleine, adivinando los pensamientos de su marido.

—Pero no son lo mismo, mi amor. Y la desnudez es igual en cualquier parte del mundo —la tomó de las axilas, la levantó y le señaló la tela empapada pegada a sus pechos.

Se tentó y le estampó un beso apasionado en la boca. Ambos rieron y, tras quedar exhaustos, se dejaron flotar de cara al cielo.

—¿Sabes que este lugar es un milagro, no es cierto? —murmuró Madeleine.

—Claro, porque aquí te conocí.

—Zalamero, no hablo de eso. Hablaba del sitio que sufrimos hace algunos años. Era pequeña pero lo recuerdo bien. Nos vimos sumidos en el hambre. Fueron derribados hasta los cimientos de nuestras casas. Algunos fueron devueltos al suelo francés sin pan ni recursos, pero nosotros logramos resistir.

Madeleine recordaba el sitio perpetrado por los ingleses al mando de lord Pigot aquel lejano 15 de enero de 1761. La ciudad había sido bloqueada por todas partes, diezmada por el hambre y obligada a rendirse. La guarnición y la mayoría de sus habitantes habían sido enviados de vuelta a Europa. Recién a la firma del Tratado de 1763, la ciudad costera se había reedificado y poblado de nuevo. Poco a poco se levantó

La libertina

de sus ruinas, reconstruida luego de la destrucción perpetrada por los ingleses.

Armand volvió a apoyar los pies en el fondo arenoso y se peinó la melena hacia atrás. Suspiró con fuerza mientras abandonaba la mirada sobre la costa de Pondichéry. Hacía cuatro años que se había instalado allí y se sentía como en casa. Nada extrañaba de París, como si nunca hubiera vivido allí.

—Tengo algo para contarte, Madeleine —murmuró.

La joven movió la cabeza y su cuerpo inerte se hundió en el agua para emerger poco después. Enfrentó a su marido y puso toda su atención. Armand no era de hacer anuncios y era extraño que le advirtiera con semejante solemnidad que quería confiarle algo.

—Tanta seriedad me inquieta —dijo Madeleine y se quitó, como pudo, el agua que le bañaba los ojos.

—Esta tarde me nombrarán asesor en el Consejo Supremo. Me lo habían consultado días atrás y acepté —disparó Armand.

—¿Pero cómo no me lo habías dicho antes? —lo cuestionó Madeleine. —¡Qué alegría, mi querido!

—¿Me retas y me felicitas? Me haces reír —y le arrojó un chorrito de agua sobre la cara.

—Ahora te tendré conmigo —dijo con picardía. —Estoy segura de que viajarás menos, ¿no es cierto?

—Habías resultado una angurrienta, mujer —bromeó Armand, la tomó de la mano y la arrastró hacia fuera.

Entre risotadas y forcejeos fueron saliendo del mar y alteraron con su rumor el silencio de la mañana. La ciudad empezaba a despertar, los criados y los esclavos comenzaban a poblar las calles de Pondichéry con sus voces y sus mercancías.

Armand llegó primero a la orilla y tiró de Madeleine. Con una palmada en la nalga, la encaminó hacia la casa.